

elogios y coronas para poner en tus sienes. Acaso, como Arquímedes, te espaciabas en los dilatados horizontes de la ciencia, cuando las sombras de la nada oscurecieron la luz de tu cielo! Acaso te alentaba el noble propósito de hallar en los arcanos de la naturaleza el poder vivificante para vencer en la lucha trabada por esa misma fuerza, que ¡despiadada! al tocar tu organismo, hizolo venir á tierra!

Caiste, Manuel, pero caiste como atleta en el estadio de la ciencia, teniendo á tu lado el ángel de la gloria.

Las existencias como la tuya, aunque rápida, son libros de útiles enseñanzas, y pueden presentarse á la juventud, anhelosa del saber, para que en sus páginas, escritas por la laboriosidad y el talento, aprenda cómo el niño se hace joven, y cómo el joven llega por sí solo á ser considerado por su honradez y enaltecido por sus triunfos en las batallas de la inteligencia.

De tus amados padres recibiste por herencia la probidad; de la madre naturaleza el talento; ese poder maravilloso por el cual todo está reparado. No bien pisaste el quicio de un instituto y fuiste maestro, no tanto en la aplicación, sino en el aprovechamiento, que hace dudar cuando se admira, si es creación que brota, ó recuerdo que se reproduce. Y no es que haya preexistencias para cada uno de los que forman la humanidad, no es que espíritus, que animaron en épocas anteriores á individualidades, que han sido luminarias en la terrestre peregrinación, vengán á dar calor á nuevos organismos humanos; nó; es que, así como la flor tiene por ley ineludible la propiedad de producir aroma, así cada individuo viene á la vida con sus facultades propias. La victoria está en cultivarse.

Tú veniste al mundo trayendo por herencia el talento, algo más, el génio. Tú, no sólo sabías convinar lo que la ciencia te enseñaba, no sólo sabías hacer que cada paso en tus estudios fuera para tí el laurel con que la justa escuela galardona el mérito; tú, sabías más, sabías arrancar del corazón las notas del más delicado sentimiento, y del espíritu las más encumbradas lucubraciones: tenías el génio por patrimonio: el génio que es inspiración, que es fuerza, que es vida, que lanza al espacio el *fiat*, y á su eco brotan nuevas creaciones, pues en el espacio y en el tiempo es el Colón que descubre nuevos mundos en el planeta de la inteligencia, que apenas comienza á explorar la raza humana:

Saliste de la escuela, y, joven, ya fuiste hombre y supiste retribuir al hogar paterno las caricias que te prodigó de niño, y supiste hacer ver á tus iguales cómo la virtud dá superioridad, y á tus superiores, cómo la virtud y el talento igualan á los hombres.

La benemérita clase militar te acogió en sus brazos: fuiste el amigo fiel del soldado; el compañero leal de tus jefes, el consolador de todos en el infortunio. Entónces fué, cuando, confiando á las alas de la imprenta los trabajos de tu espíritu, modulando las impresiones que en él estampaba la continua sucesión de cosas, que llamamos vida, derramaste en páginas llenas de luz y calor, frases correctas, atrevidas, conmovedoras, que reflejaban las altas dotes de un poeta, y las concienzudas meditaciones de un filósofo. En el organismo del hombre sorprendiste sus misterios: y, allá en los espacios de tu alma, hallaste un eco para cada uno de los mágicos sonidos de la creación. Tu lira de oro reprodujo esos ecos, y eran dulces y tiernos, enérgicos y arrebatados, según los impulsos de de tu corazón, tan puro como entusiasta.

Cuando desde ese cenit de grandeza, desciende rápido el astro de la vida, para hundirse en el ocaso, no se van con él todos los resplandores. Deja tras de sí un reguero brillante, una huella que constantemente irradiará con el albor siempre bello de las constelaciones, que brillan en los lejanos mundos que vemos, desde el terrestre que habitamos. Ah! las letras llorarían tu ausencia si no vieran que habías triunfado antes de tu tierna despedida; si no vieran que, al morir un poeta, comienza la vida de su gloria; y si no vieran que en la pléyade de jóvenes que han sido su más legítimo orgullo, y la más fundada de sus esperanzas, tú eras uno de los que con más inspiración cantaban.

Adios, Manuel: el génio te ungió con el oleo de la inmortalidad. felices aquellos, á quienes, tocando una breve jornada en el mundo, logran empero, como tú, enaltecerse ante sus iguales, hacerse amar de sus superiores, y elogiar por todos, dejando en la historia de las letras patrias, producciones que testifican que en el suelo americano brota la poesía tan vigorosa, tan lozana, como lo son nuestras exuberantes selvas tropicales, palpitanes páginas escritas por el Creador, á la resonancia del gigantesco himno que forman nuestros mares con sus tumbos, nuestros ríos con sus torrentes, nuestros volcanes con sus truenos y á los